

Jenaro Baldrich se asomó a la vida en 1920, en Tarragona, en la casa que luego vendería para comprar la de Valldoreix, por no seguir habitando el lugar donde murió su padre, don Eustaqui Baldrich, y donde enfermó su madre, Cinta Campà. Cursó en los Maristas los estudios primarios, mostrándose listo con los curas, trivial en los deberes y en las fotografías aguerrido y complaciente, ya ancho de hombros y de cabeza. Pasó por la infancia copiando lo mínimo de su hermano mayor, Gonzalo Baldrich, mucho más aplicado que él en los estudios. Jenaro aprendió enseguida a tirar piedras contra el muro de las lamentaciones de los gandules, jugando a policías y ladrones, escapando al río a pescar barbos, y faltando en más de una ocasión a la escuela, sin que ello implicara recibir castigo alguno.

Ya desde pequeño su padre le consintió que acompañara a Quimet, el cobrador de la casa, en sus abundantes itinerarios para recaudar los importes de los recibos de la electricidad, negocio controlado por su familia en toda la comarca. El mismo Quimet tenía también una pastelería enfrente de la casa de los Baldrich, donde el pequeño Jenaro ayudaba a elaborar brazos de gitano y bizcochos, *pannellets* y *tortells*, en mayor medida antes de Navidad y Semana Santa, y allí fue donde aprendió más matemática que en la escuela.

En la oficina habilitada en la trastienda de la pastelería que regentaba Quimet, sobre una mesa recubierta con restos de harina, Jenaro ayudaba a llevar las cuentas a mano, con lápiz y papel, y de vez en cuando se imaginaba pasando calor bajo las faldas estampadas de Petra, la mujer de

Quimet, que atendía a los clientes con un catalán lozano, y que movía su peso con maneras rudimentarias, pero que a ojos de un niño sin contacto con mujeres eran lascivas, y suficientes para aprender el arte de la autosatisfacción correspondiente.

Aquella Cataluña que empezaba a abrirse al exterior era, sin duda, un marco próspero para emprender negocios familiares. Tanto esfuerzo había traído como recompensa la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, de la que Jenaro Baldrich oyó hablar a su padre y a algunos clientes de la pastelería. Desde niño estuvo en contacto con el mundo de los negocios, así aprendió el valor del dinero: cuando su abuelo le repetía que cuarenta y nueve céntimos jamás llegarían a valer dos reales y su padre, los domingos, le asignaba una perra chica de propina que debía administrar con el fin de comprar pipas para él y para dos amigos que no tenían un padre en situación de dar cinco céntimos a nadie.

También pasó la guerra. Las ideas militantes derechistas del padre protegieron a Jenaro de grandes problemas. Siendo todavía adolescente vivió de cerca el turbulento registro de la casa por un grupo de anarquistas, unas cuantas amenazas y la detención de su padre, resuelta al mes gracias al desembolso de cinco mil pesetas pagadas en plata, y poco más, pues tan pronto abandonó las rejas, don Eustaqui Baldrich decidió pasar al territorio que controlaban los alzados contra la República.

No obstante, su hermano Gonzalo sí estuvo preso y por edad le tocó participar casi de lleno; fue detenido por una tropa de milicianos y también se tuvo que pagar su salida de la cárcel. Cuando salió tenía diecinueve años. Decidió unirse al bando azul. Gonzalo Baldrich traspasó la frontera por Figueras, en el camino de La Junquera, hasta llegar a San Julián. Bordeó los aldeaños, pasó frío en los Pirineos y apareció en la otra España por Hendaya. Se unió al ejército rebelde, el de tierra, en una brigada de infantería

ligera. Fue destinado a la segunda división de Navarra, en el cuarto batallón del regimiento de San Quintín. Con él atravesó cerros y valles de trinchera en trinchera, matando rojos y afeitando la cabeza de sus mujeres, dejando pueblos enteros sin hombres. Recibió instrucción de sargento y al acabar pidió ser designado con los Tiradores de Ifni, la fuerza que combatía más cerca de Tarragona, por los pueblos de Lérida. No logró pasar de sargento. Hacia el final de la guerra, mientras estudiaba para alférez, se enteró de la caída de Barcelona, que a buen seguro habría salpicado Tarragona, y pidió permiso para ir a buscar a sus familiares. Le fue denegado, pero igualmente llegó a casa y le contó todo eso a su hermano pequeño Jenaro. Después, el mayor de los Baldrich se lió la manta a la cabeza y escapó por su cuenta y riesgo. Cuando regresó fue expulsado de la Academia. De tantos tiros pegados, volvió a casa con la cabeza perturbada. Al acabar la contienda la familia empezó a bregar unida, con un sentimiento revanchista para levantar los negocios: algunos arrendamientos de tierras fértiles y, sobre todo, los de la electricidad. Lo cierto es que dicho patrimonio había resistido bien, pues enseguida tuvo resguardo y amparo por la recién nacida Ley de Protección de Industrias Nacionales.

Luego del bachillerato, el cuarto y la reválida, que para Jenaro Baldrich nunca fue algo esencial, llegó Barcelona, y llegó la universidad y la carrera de ingeniero industrial con la que satisfacer los deseos de un padre menos autoritario que él pero igual de emprendedor. Tan decidido era Jenaro Baldrich que, a pesar de la decepción del padre, dispuesto a financiar lo que hiciera falta, optó por la carrera de Peritaje, de tres años, en lugar de la especialidad técnica superior, de seis o más cursos.

Cuando el todavía adolescente Jenaro Baldrich llegó a Barcelona para estudiar Industriales tenía bien aprendidas las reglas de la multiplicación, pero aún no era señor. De esta manera, y a pesar de la potestad financiera de la

que gozaba su familia, la vida aún tenía el privilegio de poder ofrecerle situaciones con capacidad de conmoverlo. Pasó la primera noche y los primeros años en el piso de unos familiares de Quimet y de Petra que alquilaban habitaciones. Había llegado en tren y, al bajar del vagón en el apeadero del paseo de Gracia y después de subir las escaleras con las dos maletas, lo primero que vio de Barcelona fue un cielo encapotado y, debajo, ante él, enormes edificios dispuestos a ambos lados de la travesía, tamizados por un resplandor polvoriento. Escuchó el traqueteo del ferrocarril que rechinaba por la zanja con vías abierta en la calle Aragón. El otoño empezaba a sacudir ramas y pisó hojas extendidas por la acera. En el primer café que apareció a su encuentro preguntó cómo llegar hasta la calle Gerona esquina Valencia, y un camarero le indicó moviendo el brazo: «Estás aquí al lado, chaval».

Comparado con la inmensidad del caserón de Tarragona, aquel espacio le resultó minúsculo y lóbrego. El estrecho pasillo sin bombillas dejaba claro el deber de ahorrar en luz. Eran tiempos de estraperlo, se percibía en los detalles. La sordidez de la habitación, equipada con una cama de madera con un colchón de lana y un armario cuyas puertas tenían las bisagras oxidadas y por tanto chirriantes, le hizo tomar contacto con la gente humilde. Un mundo que no había conocido antes.

Allí vivían de pensión varios inquilinos. En su mayoría obreros foráneos que no hablaban una pizca de catalán, y que a ojos de Jenaro Baldrich gastaban un acento raro al que acabó habituándose. Hombres recios, de campo, sin la posibilidad de tener ni un solo pájaro en la cabeza y ni una sola idea política. No eran mucho más mayores que él, pero sí más curtidos, hombres a quienes les bastaban cuatro palabras para expresar sus sentimientos y que en las noches de los meses de frío, una vez tomado el caldo de gallina servido por la patrona, se retiraban a sus habitaciones a roncar con intensidad hasta que al día siguiente, con

los primeros rayos, después de pasar brevemente por el lavabo, salían en busca de un apaño que les permitiera seguir pagando a la dueña una semana más.

En aquel piso de pasillos angostos, crujía el techo cuando los vecinos de arriba caminaban. Las ventanas no cerraban bien. No había despensa saturada de víveres. El viento silbaba entre las juntas como asma de invierno. Jenaro Baldrich tuvo que alquilar una mesa para estudiar y su hermano Gonzalo, en una de sus visitas, probablemente antes de casarse y enloquecer definitivamente, le trajo una lámpara y una bolsa llena de bombillas. En realidad, todo aquel mundo le era ajeno, y por más que los señores de la casa lo mimaran y le dieran preferencia sobre el resto de inquilinos, nunca llegó a habituarse a aquel universo de caldos y pan duro, de olores pesados, de sábanas de lija, y a los resuellos de aquellos hombres de piel morena y brazos como toneles. Pero fue allí donde el joven Jenaro Baldrich conoció a José Antonio Montoya Luengo, un gallego que la segunda noche le habló en medio de la cena:

—Tú, rapaz, ¿te vas a dejar ese pan o te lo vas a comer?

—No. Tome —debió de añadir Jenaro Baldrich con voz temblorosa. Se lo acercó con la mano para ver cómo el gallego partía el trozo en dos y lo echaba sobre el plato donde todavía quedaban unas cucharadas de sopa. Y quien sólo le volvió a hablar una vez masticado el primer bocado.

—Así que tú eres señorito... Pues estudia, estudia, tú que puedes... Que muy bien me parece. Cuando seas rico y tengas tu propia empresa acuérdate de mí, chaval, a ver si alguien me hace fijo.

A pesar de su juventud, Jenaro Baldrich entendió el mensaje e incluso llegó a sonreír. Se acordó de todos los trabajadores que su padre empleaba en Tarragona, y de las cuentas que hacía con Quimet en la trastienda de la pastelería, y por primera vez le miró a la cara, para descubrir lo

que era un perfil agrietado, con nariz inflada y arrugas en la frente, y unas manos que liaban Ideales como churros, y una boca que fumaba como un carretero. Y cuando el gallego se levantó arrastrando la silla, dejando sobre la mesa un trazo de humo, y el plato y el vaso de vino limpios como una patena, le dijo buenas noches y le dio una colleja que le resultó cariñosa.